y los había que le apestaban. «Atrás, ralea indecente—se decía,—huyendo del trato de los que fueron sus iguales, y refugiándose en su casa, donde al menos tenía la compañía de sus pensamientos, que eran unos pensamientos muy guapos, de levita y sombrero de copa, graves, sonrientes, y con tufillo de agua de colonia.

Recibió á su hija con cierto despego aquel día, diciéndole: «¡Pero qué facha te traes! Hasta me parece que hueles mal. Eres muy ordinaria, y tu marido el cursi más grande que conozco, *uno de nuestros primeros cursis.*

XII

Dicho se está que antes faltaran las estrellas en la bóveda celeste, que Torquemada en la tertulia de las señoras del Aguila, y en la confraternidad del señor de Donoso, á quien poco á poco imitaba, cogiéndole los gestos y las palabras, la manera de ponerse el sombrero, el tonito para saludar familiarmente, y hasta el modo de andar. Bastaron pocos días para entablar amistad. Empezó el tacaño por hacerse el encontradizo con su modelo en Recoletos, donde vivía; le visitó luégo en su casa con pretexto de consulta sobre un préstamo á retro que acababan de proponerle, y por me-

diación de Donoso hizo después otro hipotecario en condiciones muy ventajosas. De noche se veían en casa de las del Aguila, donde el tacaño había adquirido ya cierta familiaridad. No sentía encogimiento, y viéndose tratado con benevolencia y hasta con cariño, arrimábase al calor de aquel hogar en que dignidad y pobreza eran una misma cosa. Y no dejaba de notar cierta diferencia en la manera de tratarle las cuatro personas de aquella gratísima sociedad. Cruz era quien mayores miramientos tenía con él, mostrándole en toda ocasión una afabilidad dulce y deseos de contentarle. Donoso le miraba como amigo leal. En Fidela creía notar cierto despego y algo de intención zumbona, como si delicadamente y con mucha finura quisiera á veces... lo que en estilo vulgar se llama *tomar el pelo;* y por fin, Rafael, sin faltar á la urbanidad, siempre correcto y atildado, le llevaba la contraria en muchas de las cosas que decía. Poquito á poco vió D. Francisco que se marcaba una división entre los cuatro personajes, dos á un lado, dos al otro. Si en algunos casos la división no existía, y todo era fraternidad y concordia, de repente la barrerita se alzaba, y el avaro tenía que alargar un poco la cabeza para ver á Fidela y al ciego de la parte de allá. Y ellos le miraban á él

con cierto recelo, que era lo más incomprensible. ¿Por qué tal recelo, si á todos les quería, y estaba dispuesto á descolgarse con algún sacrificio de los humanamente posibles, dentro de los límites que le imponía su naturaleza?

Cruz sí que se le entraba por las puertas del alma con su afabilidad cariñosa, y aquel gracejo que le había dado Dios para tratar todas las cuestiones. Poquito á poco fué creciendo la familiaridad, y era de ver con qué salero sabía la dama imponerle sus ideas, trocándose de amiga en preceptora. «D. Francisco, esa levita le cae á usted que ni pintada. Si no moviera tanto los brazos al andar, resultaría usted un perfecto diplomático»... «D. Francisco, haga por perder la costumbre de decir *mismamente* y *ojo al Cristo*. No sienta bien en sus labios esa manera de hablar»... «D. Francisco, ¿quién le ha puesto á usted la corbata? ¿el gato? Creeríase que no han andado manos en ella, sino garras»... «Don Francisco, siga mi consejo y aféitese la perilla, que mitad blanca y mitad negra, tiesa y amenazadora, parece cosa postiza. El bigote solo, que ya le blanquea, le hará la cara más respetable. No debe usted parecer un oficial de clase de tropa, retirado. A buena presencia no le ganará nadie, si hace lo que le digo»... «D. Francisco, quedamos en que desde mañana no me trae acá el cuello marinero. Cuellito alto, ¿estamos? O ser ó no ser persona de circunstancias, como usted dice»... «D. Francisco, usa usted demasiada agua de colonia. No tanto, amigo mío. Desde que entra usted por la puerta de la calle, vienen aquí esos batidores del perfume anunciándole. Medida, medida, medida en todo»... «Don Francisco, prométame no enfadarse, y le diré... ¿se lo digo?... le diré que no me gusta nada su escepticismo religioso. ¡Decir que no le *entra el dogma*! Aparte la forma grosera de expresarlo, *¡entrarle el dogma!* la idea es abominable. Hay que creer, señor mío. Pues qué, ¿hemos venido á este mundo para no pensar más que en el miserable dinero?

Dicho se está que con estas reprimendas dulces y fraternales se le caía la baba al hombre, y allí era el prometer sumisión á los deseos de la señora, así en lo chico como en lo grande, ya en el detalle nimio de la corbata, ya en el grave empeño de apechugar á ojos cerrados con todas y cada una de las verdades religiosas.

Fidela se permitía dirigirle iguales admoniciones, si bien en tono muy distinto, ligeramente burlón y con toques imaginativos muy graciosos. «D. Francisco, anoche soñé

que venía usted á vernos en coche, en coche propio, como debe tenerlo un hombre de *posibles*. Vea usted como los sueños no son disparates. La realidad es la que no da pié con bola, en la mayoría de los casos... Pues sí, sentimos el estrépito de las ruedas, salí al balcón, y me veo á mi D. Francisco bajar del *landau*, el lacayo en la portezuela, sombrero en mano...

—¡Ay, qué gracia!...

—Dijo usted al lacayo no sé qué... con ese tonillo brusco que suele usar... y subió. No acababa nunca de subir. Yo me asomé á la escalera, y le ví sube que te sube, sin llegar nunca, pues los escalones aumentaban á cientos, á miles, y aquello no concluía. Escalones, siempre escalones... Y usted sudaba la gota gorda... Ya por último, subía encorvadito, muy encorvadito, sin poder con su cuerpo... y yo le daba ánimos. Se me ocurrió bajar, y el caso es que bajaba, bajaba sin poder llegar hasta usted, pues la escalera se aumentaba para mí bajando como para usted subiendo...

—¡Ay, qué fatiga, y qué sueños tan raros!

—Esta es así—dijo Cruz riendo.—Siempre sueña con escaleras.

—Es verdad. Todos mis sueños son de subir y bajar. Amanezco con las piernas doloridas y el pecho fatigado. Subo por escaleras de

papel, por escaleras de diamante, por escalas tan sutiles como hilos de araña. Bajo por peldaños de metal derretido, por peldaños de nieve, y por un sin fin de cosas, que son mis propios pensamientos puestos unos debajo de otros... ¿Se ríen?

Sí que se reían, Torquemada principalmente, con toda su alma, sin sentirse lastimado por el ligero acento de sátira que salpimentaba la conversación de Fidela como un picante usado muy discretamente. El sentimiento que la joven del Aguila le inspiraba era muy raro. Habría deseado que fuese su hija, ó que su hija Rufina se le pareciese, cosas ambas muy difíciles de pasar del deseo á la realidad. Mirábala como una niña á quien no se debía consentir ninguna iniciativa en cosas graves, y á quien convenía mimar, satisfaciendo de vez en cuando sus antojos infantiles. Fidela solía decir que le encantaban las muñecas, y que hasta la época en que la adversidad le impuso deberes domésticos muy penosos, se permitía jugar con ellas. Conservaba de los tiempos de su niñez opulenta algunas muñecas magníficas, y á ratos perdidos, en la soledad de la noche, las sacaba para recrearse y charlar un poco con sus mudas amigas, recordando la edad feliz. Confesábase, además, golosa. En la cocina, siempre que

hacían algún postre de cocina, fruta de sartén ó cosa tal, lo saboreaba antes de servirlo, y el repuesto de azúcar tenía en la cocinera un enemigo formidable. Cuando no mascaba un palito de canela, roía las cáscaras de limón; se comía los fideos crudos, los tallos tiernos de lombarda, y las cáscaras de queso. «Soy el ratón de la casa—decía con buena sombra,—y cuando teníamos jilguero, yo le ayudaba á despachar los cañamones. Me gusta extraordinariamente chupar una hojita de perejil, roer una haba, ó echar en la boca un puñadito de arroz crudo. Me encanta el picor de la corteza de los rabanitos, y la miel de la Alcarria me trastorna hasta el punto de que la estaría probando, probando, por ver si es buena, hasta morirme. Por barquillos soy yo capaz de no sé qué, pues me comería todos los que se hacen y se pueden hacer en el mundo; tanto, tanto me gustan. Si me dejaran, yo no comería más que barquillos, miel y... ¿á que no lo acierta, D. Francisco?

—¿Cacahuet?

—No.

—¿Piñones confitados?

—Tampoco.

—¿Pasas, alfajores, guirlache, almendras de Alcalá, bizcochos borrachos?

—Los bizcochos borrachos también me em-

borrachan á mí. Pero no es eso, no es eso. Es...

—Chufas—dijo el ciego para concluir de una vez.

—Eso es... Me muero por las chufas. Yo mandaría que se cultivara esa planta en toda España, y que se vendiera en todas las tiendas, para sustituir al garbanzo. Y la horchata debiera usarse en vez de vino. Ahí tiene usted una cosa que á mí no me gusta, el vino. ¡Qué asco! ¡Vaya con lo que inventan los hombres! Estropear las uvas, una cosa tan buena, por sacar de ellas esa bebida repugnante... A mí me da náuseas, y cuando me obligan á beberlo, me pongo mala, caigo dormida y sueño los desatinos más horripilantes: que la cabeza me crece, me crece hasta ser más grande que la iglesia de San Isidro, ó que la cama en que duermo es un organillo de manubrio, y yo el cilindro lleno de piquitos que volteando hace sonar las notas... No, no me den vino, si no quieren que me vuelva loca.

¡Lo que se divertían Donoso y Torquemada con estas originalidades de la simpática joven! Deseando mostrarle un puro afecto paternal, no iba nunca D. Francisco á la tertulia sin llevar alguna golosina para el ratoncito de la casa. Felizmente, en la Travesía del Fúcar, camino de la calle de San Blas, tenía su tienda de esteras y horchata un valenciano

que le debía un pico á Torquemada, y éste no pasaba por allí ninguna tarde sin afanarle con buenos modos un cartuchito de chufas. «Es para unos niños,» solía decirle. El confitero de la calle de las Huertas, deudor insolvente, le pagaba, á falta de moneda mejor, intereses de caramelos, pedacitos de guirlache, alguna yema, melindres de Yepes, ó mantecadas de Astorga, género sobrante de la última Navidad, y un poco rancio ya. Hacía de ello el tacaño paquetitos, con papeles de colores que el mismo confitero le daba, y corriéndose alguna vez á adquirir en la tienda de ultramarinos el cuarterón de pasas, ó la media librita de galletas inglesas, no había noche que entrara en la tertulia con las manos vacías. Todo ello no le suponía más que una peseta y céntimos cada vez que tenía que comprarlo, y con tan poco estipendio se las daba de hombre galante y rumboso. Rebosando dulzura, con todas las confiterías del mundo metidas en su alma, presentaba el regalito á la damisela, acompañándolo de las expresiones más tiernas y mejor confitadas que podía dar de sí su tosco vocabulario. «Vamos; sorpresa tenemos. Esta no la esperaba usted... Son unas cosas de chocolate fino, que llaman *pompones*, con hoja de papel de plata fina, y más rico que el mazapán.» No podía

corregirse la costumbre de anunciar y ponderar lo que llevaba. Acogía Fidela la golosina con grandes extremos de agradecimiento y alegría infantil, y D. Francisco se embelesaba viéndola hincar en la sabrosa pasta sus dientes, de una blancura ideal, los dientes más iguales, más preciosos y más limpios que él había visto en su condenada vida; dientes de tan superior hechura y matiz, que nunca creyó pudiese existir en la humanidad nada semejante. Pensando en ellos decía: «¿Tendrán dientes los ángeles? morderán? comerán?... Vaya usted á saber si tendrán dientes y muelas, ellos, que según rezan los libros de religión, no necesitan comer. ¿Y á qué es *plantear esa cuestión?* Falta saber que *haiga* ángeles.»

XIII

La amistad entre Donoso y Torquemada se iba estrechando rápidamente, y á principios del verano, D. Francisco no ponía mano en cosa alguna de intereses sin oir el sabio dictamen de hombre tan experto. Donoso le había ensanchado las ideas respecto al préstamo. Ya no se reducía al estrecho campo de la retención de pagas á empleados civiles y militares, ni á la hipoteca de casas en Madrid.

Aprendió nuevos modos de colocar el dinero en mayor escala, y fué iniciado en operaciones lucrativas sin ningún riesgo. Próceres arruinados le confiaron su salvación, que era lo mismo que entregársele atados de piés y manos; sociedades en decadencia le cedían parte de las acciones á precio ínfimo, con tal de asegurar sus dividendos, y el Estado mismo le acogía con benignidad. Todo el mecanismo del Banco, que para él había sido un misterio, le fué revelado por Donoso, así como el manejo de Bolsa, de cuyas ventajas y peligros se hizo cargo al instante con instinto seguro. El amigo le asesoraba con absoluta lealtad, y cuando le decía: «compre usted Cubas sin miedo,» D. Francisco no vacilaba. Armonía inalterable reinaba entre ambos sujetos, siendo de admirar que en la intervención de Donoso en los tratos Torquemadescos, resplandecía siempre el más puro desinterés. Habiéndole proporcionado dos ó tres negocios de gran monta, no quiso cobrarle corretaje ni cosa que lo valiera.

Al compás de esta transformación en el orden económico, iba operándose la otra, la social, apuntada primero tímidamente en reformas de vestir, y llevada á su mayor desarrollo por medio de transiciones lentas, para que el cambiazo no saltara á la vista con crudezas de sainete. El uso del hongo atenuaba la rutilante aparición de un terno nuevo de paño color de pasa, y los resplandores de la chistera flamante se obscurecían y apagaban con un gabán de cuello algo seboso, contemporáneo de la entrada de nuestras valientes tropas en Tetuán. Tenía suficiente sagacidad para huir del ridículo, ó para sortearlo con hábiles combinaciones. Aun así, la metamorfosis fué cogida al vuelo por más de un guasón de los barrios en que residían sus principales conocimientos, y no faltaron cuchufletas ni venenosas mordeduras. Sin hacer caso de ellas, D. Francisco iba dando de lado á sus tradicionales relaciones, y ya no podía disimular el despego que le inspiraban sus amigos del café del Gallo, y de diversas tiendas y almacenes de la calle de Toledo, despego que para algunos era antipatía más ó menos declarada, y para otros aversión. Alguien encontraba natural que D. Francisco quisiera *pintarla*, poseyendo, como poseía, más que muchos que en Madrid iban desempedrando las calles en carretelas no pagadas, ó que vivían de la farsa y del enredo. Y no faltó quien, viéndole con pena alejarse de la sociedad en que había ganado el primer millóncito de reales, le tildara de ingrato y vanidoso... Al fin, hacía lo que todos: después de

chupar á los pobres, hasta dejarles sin sangre, levantaba el vuelo hacia las viviendas de los ricos.

Y si en los hábitos, particularmente en el vestir, la evolución se marcaba con rasgos y caracteres que podía observar todo el mundo, en el lenguaje no se diga. Ya sabía decir cada frase que temblaba el misterio, y se iba asimilando el hablar de Donoso con un gancho imitativo increible á sus años. Verdad que á lo mejor afeaba los conceptos con groseros solecismos, ó tropezaba en obstáculos de sintaxis. Pero así y todo, á quien no le conociera le daba el gran chasco, porque advertido por su sagacidad de los peligros de hablar mucho, se concretaba á lo más preciso, y el laconismo y tal cual dicharacho pescado en la boca de Donoso le hacían pasar por hombre profundo y reflexivo. Más de cuatro, que por primera vez en aquellos días se le echaron á la cara, veían en él un sujeto de mucho conocimiento y gravedad, oyéndole estas ó parecidas razones: «Tengo para mí que los precios de la cebada serán un *enizma* en los meses que siguen, por la *actitud expectante* de los labradores.» Ó esta otra: «Señores, yo tengo para mí (el ejemplo de Donoso le hacía estar constantemente *teniendo para sí*) que ya hay bastante libertad, y bastante *naufragio* universal, y más

derechos que queremos. Pero yo pregunto: ¿Esto basta? ¿La nación por ventura no come más que principios? ¡Oh! no... Antes del principio, désele el cocido de una buena administración, y la sopa de un presupuesto nivelado... Ahí está el *quiquiriquí*... Ahí le duele... ahí... Que me administren bien, que no gotee un céntimo... que se mire por el contribuyente, y yo seré el primero en felicitarme de ello *á fuer de* español y *á fuer de* contribuyente...» Alguien decía oyéndole hablar: «Un poco tosco es este *tío;* pero ¡qué bien discurre!» ¡Y qué ingenioso el chiste de llamar *naufragio* al sufragio! Dicho se está que lo juicioso de sus manifestaciones y su fama de hombre de *guita* le iban ganando amigos en aquella esfera en que desplegaba sus alas. *Manifestaciones* eran para él cuanto se hablaba en el mundo, y tan en gracia le cayó el término, que no dejaba de emplearlo en todo caso, así le dieran un tiro. Manifestaciones lo dicho por Cánovas en un discurso que se comentaba; manifestaciones lo dicho por la portera de la casa de la calle de San Blas, acerca de si los chicos del tercero hacían ó no hacían aguas menores sobre los balcones del segundo.

Y ya que se nombra la casa de D. Francisco, debe añadirse que la primera vez que entró en ella Donoso para tratar de un fuerte

préstamo que solicitaban los duques de Gravelinas, se asombró de lo mal que vivía su amigo, y valido de la confianza que ya tenía con él, se permitió amonestarle en aquel tonillo paternal que tan buen resultado le daba: «No lo creería si no lo viera, amigo D. Francisco... Es que me enfado; tómelo como quiera, pero me enfado, sí señor... Vamos á ver: ¿no le da vergüenza de vivir en este tugurio? ¿No comprende que hasta su crédito pierde con tener casa tan miserable? ¡Qué dirá la gente! Que es usted Alejandro en puño, un avaro de mal pelaje, como los que se estilan en las comedias. Créame: esto le hace poco favor. Tal como es el hombre, debe ser la casa. Me carga que no se tenga de una personalidad como usted el concepto que merece.

—¡Pues yo, Sr. D. José, me acomodo tan bien aquí...! Desde que perdí á mi querido hijo, le tomé asco á los barrios del centro. Vivo aquí muy guapamente, y tengo para mí que esta casa me ha traído buena suerte... Pero no vaya á creer ¡cuidado! que echo en saco roto sus manifestaciones. Se pensará, D. José, se pensará...

—Piénselo, sí. ¿No le parece que en vez de andar buscando con un candil inquilino para el principal de su casa de la calle de Silva, debe usted instalarse en él?

—¡En aquel principal tan grande... veintitres piezas, sin contar el...! ¡Oh! no, ¡qué locura! ¿Qué hago yo en aquel palaciote, yo solo, sin necesidades, yo, que sería capaz de vivir á gusto en un cajón de vigilantes de consumos, ó en una garita de guarda-agujas?

—Siga mi consejo, Sr. D. Francisco—añadió Donoso, cogiéndole la solapa,—y múdese al principal de la calle de Silva. Aquella es la residencia natural del hombre que me escucha. La sociedad tiene también sus derechos, á los cuales es locura querer oponer el gusto individual. Tenemos derecho á ser puercos, sórdidos, y á desayunarnos con un mendrugo de pan, cierto; pero la sociedad puede y debe imponernos un *coram vobis* decoroso. Hay que mirar por el conjunto.

—Pero D. José de mi alma, mi personalidad se perderá en aquel caserón, y no sabrá cómo arreglarse para abrir y cerrar tanta puerta.

—Es que usted...

Hizo punto Donoso, como sin atreverse con la *manifestación* que preparaba; pero después de una corta perplejidad, acomodó sus caderas en el sillón no muy blando que de pedestal le servía, miró á D. Francisco severamente, y accionando con el bastón, que parecía signo de autoridad, le dijo:

«Somos amigos... Tenemos fe el uno en el otro, por cierta compenetración de los caracteres...

—¡Compenetración!—repitió Torquemada para sí, apuntando la bonita palabra en su mente.—No se me olvidará.

—Supongo que usted creerá leal y sincero, inspirado en un interés de verdadero amigo, cuanto yo me permita manifestarle.

—Cierto, por la com... compenetranza... penetración...

—Pues yo sostengo, amigo D. Francisco, y lo digo sin rodeos, clarito, como se le deben decir á usted las cosas... sostengo que usted debe casarse.

Aunque parezca lo contrario, no causó desmedido asombro en Torquemada la *manifestación* de su amigo; pero creyó del caso pintar en su rostro la sorpresa: «¡Casarme yo, á mis años!... ¿Pero lo dice de verdad? ¡Cristo! casarme... Ahí es nada lo del ojo... Como si fuera beberse un vaso de agua... ¿Soy algún muchacho?

—Bah... ¿qué tiene usted, cincuenta y cinco, cincuenta y siete...? ¿Qué vale eso? Está usted hecho un mocetón, y la vida sobria y activa que ha llevado le hacen valer más que toda la juventud encanijada que anda por ahí.

—Como fuerte, ya lo soy. No siento el co-

rrer de la edad... A robustez no me gana nadie, ni á... Qué se yo... *Tengo para mí* que no carecería de facultades; digo, me parece... Pero no es eso. Digo que á dónde voy yo ahora con una mujer colgada del brazo, ni qué tengo yo que pintar en el matrimonio, encontrándome, como me encuentro, muy á mis anchas en el *elemento* soltero.

—¡Ah!... eso dicen todos... libertad, comodidad... el buey suelto... Pero y en la vejez, ¿quién ha de cuidarle? Y esa atmósfera de santo cariño, ¿con qué se sustituye cuando llegamos á viejos?... ¡La familia, Sr. D. Francisco! ¿Sabe usted lo que es la familia? ¿Puede una personalidad importante vivir en esta celda solitaria y fría, que parece el cuarto de una fonda? Oh! ¿no lo comprende, bendito de Dios? Cierto que usted tiene una hija; pero su hija mirará más por la familia que ella se cree que por usted. ¿De qué le valdrán sus riquezas en la espantosa soledad de un hogar sin afecciones, sin familia menuda, sin una esposa fiel y hacendosa?... Dígame, de qué le sirven sus millones? Reflexione... considere que nada puedo aconsejarle yo que no sea la misma lealtad. La posición quiere casa, y la casa quiere familia. ¡Buena andaría la sociedad si todos pensaran como usted y procedieran con ese egoismo furibundo! No, no: nos

debemos á la sociedad, á la civilización, al Estado. Crea usted que no se puede pertenecer á las clases directoras sin tener hijos que educar, ciudadanos útiles que ofrecer á esa misma colectividad que nos lleva en sus filas, porque los hijos son la moneda con que se paga á la nación los beneficios que de ella recibimos...

—Pero venga acá, D. José, venga acá—dijo Torquemada echándose atrás el sombrero, y tomando muy en serio la cosa.—Vamos á cuentas. *Partiendo del principio* de que á mí me dé ahora el naipe por contraer matrimonio, queda en pié la gran cuestión, la madre del cordero... ¿Con quién...?

—¡Ah!... eso no es cuenta mía. Yo planteo la cuestión: no soy casamentero. ¿Con quién? Busque usted...

—Pero D. José, venga acá. ¡A mis años...! ¿Qué mujer me va á querer á mí, con esta facha?... digo, mi facha no es tan mala ¡cuidado! Otras hay peores.

—Digo... si las hay peores.

—Con cincuenta y seis años que cumpliré el 21 de Septiembre, día de San Mateo... Cierto que no faltaría quien me quisiera por mi *guano*... digo, por mi capital; pero eso no me llena, ni puede llenar á ningún hombre de juicio.

—¡Oh! naturalmente. Bien sé yo que si usted anunciara su blanca mano, se presentarían cien mil candidatas. Pero no se trata de eso. Usted, si acepta mis indicaciones contrarias de todo en todo al celibato, busque, indague, coja la linterna y mire por ahí. ¡Ah, ya sabrá, ya sabrá escoger lo mejorcito! A buena parte van. Mi hombre sabe ver claro, y posee una sagacidad que da quince y raya al lucero del alba. No, no temo yo que pueda resultar una mala elección. ¿Existe la persona que emparejará dignamente con D. Francisco? Pues si existe, contemos con que D. Francisco la encuentra, aunque se esconda cien estados bajo tierra.

—¡Vaya, que á mis años...!—repitió el usurero con ligera inflexión de lástima de sí mismo.

—No tergiverse la cuestión, ni se escape por la tangente de su edad... ¡Su edad! Si es la mejor. Como usted, en caso de volver á la cofradía, no habría de descolgarse con una mocosa, frívola y llena la cabeza de tonterías, sino con una mujer sentada...

—¿Sentada?

—Y de una educación intachable...

—¡Pero qué cosas tiene D. José!... Salir ahora con la peripecia de que debo casarme... ¡Y todo por la... *colectividad!*—dijo Torque-

mada rompiendo á reir como un muchacho, ávido de bromas.

—No—replicó Donoso, levantándose despacio, como quien acaba de cumplir un alto deber social,—no hago más que señalar una solución conveniente; no hago más que decir al amigo lo que entiendo razonable, y eminentemente práctico.

Salieron juntos, y aquel día no hablaron más de casorio. Pero antes de que concluyera la semana, D. Francisco se mudó á su amplísimo principal de la calle de Silva.

XIV

Había él oído mil veces *el casa lo casa quiere*; pero nunca oyó que por el simple hecho de tener casa debiera un cristiano casarse. En fin, cuando Donoso lo decía, su poco de razón habría seguramente en ello. Las noches que siguieron á aquella memorable conversación, estuvo el hombre receloso y asustado en la tertulia de las señoras del Aguila. Temía que D. José saliese allí con la tecla del casorio, y francamente, si llegaba á sacarla, de fijo el aludido se pondría como un pimiento. De sólo pensarlo, le subían vapores á la cara. ¿Por qué le daba vergüenza de oirse interrogar sobre nuevas nupcias delante de Crucita

y Fidelita? ¿Acaso le había pasado por las mientes ahorcarse con alguna de ellas? Oh, no, eran demasiado finas para que él pretendiese tal cosa, y aunque su pobreza las bajaba enormemente en la escala social, conservaban siempre el aquel aristocrático, barrera perfumada que no podía salvar con todo su dinero un hombre viejo, groserote y sin principios. No, nunca soñó tal alianza. Si alguien se la hubiera propuesto, el hombre habría creído que se reían en sus barbas.

Una noche, Cruz le habló de Valentinico, y las dos hermanas mostraron tal interés en saber pormenores de la vida y muerte del prodigioso niño, que Torquemada no paró de hablar hasta muy alta la noche, contando la triste historia con sinceridad y sin estudio, en su lenguaje propio, olvidado de los terminachos que se le caían de la boca á Donoso, y que él recogía. Habló con el corazón, narrando alegrías de padre, las amarguras de la enfermedad que le arrebató su esperanza, y con calor y naturalidad tan elocuentes se expresó el hombre, que las dos damas lloraron, sí, lloraron, y Fidela más que su hermana; como que no hacía más que sonarse, y empapar el pañuelo en los ojos. Rafael también oyó con recogimiento lo que contaba D. Francisco; pero no lloraba, sin duda por no ser